

---

---

## CRECIENDO EN LA LUZ

Burl Shoemake, el ministro de la Iglesia de Cristo en Siletz, Oregón, me había pedido estar allí por varias noches. Así es que, Miranda, nuestra pequeña hija y yo subimos al coche y nos fuimos al norte. Esto era, en verdad, el principio de lo que después llamaríamos Ministerios E.S.P. El nombre es un acróstico de lo que percibimos sería nuestra misión—la de destapar las disfraces, o exponer el poder, de Satanás (ennn inglés, Exposing Satan's Power). También es muy semejante a la abreviatura común de un fenómeno psíquico, la percepción extrasensorial, o P.E.S. Las siglas in inglés son E.S.P.

Varios otros ministros habían sido invitados a escucharme hablar. Hubo reacciones mixtas—unos me creyeron y otros no. El consenso de opinión entre los que no me creyeron fue que Jesús no está haciendo milagros hoy día y que ciertamente, Satanás tampoco tiene poder alguno. Mas en ningún lugar en la Biblia se dice que se ha terminado el poder de Satanás. Satanás aún es el dios de este mundo, o sea, del sistema mundial. Siendo cristianos, nosotros no tenemos que preocuparnos por estas cosas

porque “mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).

Mi mensaje causó controversia. Un ministro en particular en la Iglesia de Cristo en Portland, cuyo nombre era Gary Strubhar, grabó mi mensaje y después me dijo que se había quedado despierto casi toda la noche escuchándolo. Aunque encontró difícil de creer lo que yo había dicho, no podía negar lo que dice la Palabra de Dios. Por fin llegó a la conclusión de que, si Dios lo había dicho, así tenía que ser. Gary Strubhar ha jugado una parte muy importante en ayudarme a llevar a cabo mi ministerio.

Burl Shoemake fue muy amable y ayudador. Él fue el responsable principal por el comienzo de Ministerios E.S.P. Burl sugirió que empacara mis cosas donde estaba viviendo en aquel establo convertido en casa y comenzara de nuevo mi vida más al norte. Pensé que era una buena idea. No teníamos nada que perder, puesto que, de todos modos, no tenía empleo.

Así es que nos mudamos a Siletz. Durante el viaje fallaron los faros de mi coche y manejamos los últimos 48 kilómetros sin ellos. Fue toda una experiencia en la obscuridad y la lluvia por un camino sinuoso, peligroso, especialmente con nuestro remolque.

Llegamos, por fin, ya muy de noche. Burl había ubicado su casa rodante junto al edificio de la iglesia. Aquella iba a ser nuestro hogar para los siguientes meses. Nuestras instalaciones de baño estaban dentro del templo; por lo tanto, si queríamos ir al baño, teníamos que salir de la casita. A menudo llueve en Oregón y aun así teníamos que salir fuera. Esto era nuestro estilo de vida, pero éramos felices. Sentí que se estaban abriendo puertas nuevas para mí por el Señor.

Burl y yo pasamos bastante tiempo juntos, y él me ayudó inmensamente en mi aprendizaje de la Palabra de Dios. Otros hombres importantes en mi vida, tales como Ken Edwards, también me ayudaron a estudiar la Palabra. Ken también fue una ayuda en conseguirme oportunidades para

hablar en las Iglesias de Cristo. Otros hombres que ayudaron fueron Charles Daily y Norman Fox, y muchos más, aún demasiados para mencionar aquí.

Burl tenía una imprenta en aquel entonces para subsidiar su ministerio y sugirió que yo escribiera a las iglesias para informarlas de mi ministerio. Me imprimió 400 cartas. Las envié a iglesias en el estado de Oregón. Recibí sólo tres respuestas. Sin embargo, alabé al Señor por ellas porque era un comienzo.

Me asombro cuando pienso en cómo el Señor obró en nuestras vidas en los tiempos cuando nos peníamos a pensar de dónde vendría el siguiente centavo. Aunque Dios no siempre suple nuestros deseos, ciertamente suple nuestras necesidades. Lo hizo para nosotros sin falta.

En una de mis primeras reuniones, tuve que viajar unos 64 kilómetros al pueblo de Salem y luego seguir a otra pequeña iglesia nazarena unos 160 kilómetros más al norte. Miranda me había dicho que necesitábamos \$150 USD para vivir aquella semana. Sólo tenía a dos iglesias para suplir nuestros fondos para toda la semana.

Nunca se me olvidará cuán grande parecía la primera iglesia, y estaba llena a capacidad. Hablé el domingo en la mañana durante el culto de adoración, y después tuve un compromiso para hablar en la radio aquella tarde. Hablé otra vez en la iglesia por la noche. El ministro me dio entonces la ofrenda de amor, un cheque de \$40 USD. Pueden imaginar mi desesperación al pensar: “¡Oh no! ¡Cómo vamos a sobrevivir esta semana!”

Al día siguiente me metí a mi coche y manejé más al norte a la pequeña iglesia nazarena. Sólo un puñado de gente asistió al culto. A la mañana siguiente, cuando desperté, el ministro me dio el desayuno. Me dieron unas verduras para ayudarnos y también un cheque. ¡El cheque era por la cantidad de \$110 USD! ¡Alabado sea el Señor! Dios me había dado el dinero que necesitábamos.

Se podría repetir aquella historia vez tras vez por las

muchas ocasiones en que ocurrieron cosas. Pero, también, hubo cosas que no sé si se les llamarían humorísticas o peculiares.

Una vez tuve un compromiso en Portland, un viaje ida y vuelta de 480 km. Hablé a 600 personas aquella noche y la sala de reuniones estuvo repleta. Se levantó una ofrenda de amor, y ¡el ministro me dio un cheque por \$15 USD! Pero Dios siempre tuvo cuidado de nosotros; un ejemplo perfecto es la manera en que él nos proveyó una casa.

La hermana gemela de Miranda, Berta, había estado cuidando a su mamá en Londres. Mi suegra tenía 82 años y no podía cuidarse por sí sola. El esposo de Berta recibió una oportunidad para un empleo que significaba salir de Londres. La madre de Miranda decidió que quería estar con su nieta y, por lo tanto, emigró a América.

Mamá vendió su casa y nos prestó suficiente dinero para dar de pie por cuatro hectáreas (diez acres) de terreno y una casa rodante. Luego vino a vivir con nosotros a Oregón. Esto estuvo muy bien, y era muy emocionante para Miranda tener a su madre en América.

Nunca olvidaré el día en que llegó mi suegra. Tuvimos que ir al Aeropuerto Internacional de Portland. Yo había orado que fuera un día de buen clima, pero orar por buen clima en Portland, Oregón, no es cualquier cosa. Como siempre, estaba lloviendo.

Ella se veía muy distinguida al bajar del avión, agitando su mano como lo hace la reina y bajando elegantemente los escalones al aeropuerto. Ésta era una dama extraordinaria de 82 años inmigrando a América. Por supuesto, hubo mucho gozo y emoción, y Miranda estaba muy feliz.

Tomé fotos y le pedí disculpas por la lluvia. Ella siempre era muy diplomática, y nunca olvidaré sus primeras palabras. Dijo: “Pero, muchacho, ¿no llovía en la Biblia? ¿No nos dice la Biblia que llovió por 40 días y 40 noches?” Dije: “Es cierto, Mamá”, y sonreí por dentro porque ella estaba tratando de ser diplomática, sabiendo que yo estaba en el ministerio y

quería decir algo acerca de la Biblia. Luego dijo: "Por cierto, ¿cómo se llamaba el tipo en el barco?" Lo dijo muy en serio, y nosotros lo encontramos de lo más divertido.

Miranda estaba muy contenta con cuatro hectáreas de terreno y una casa rodante. También teníamos un establo grande. Estábamos en un lugar alejado de la ciudad, a cerca de 240 km. de Portland en un pequeño lugar llamado Logsdén, Oregón.

Miranda siempre había querido tener animales. Un día llegué a casa después de una charla, y allí en el campo había dos animales. Dije: "¿Qué son estos, querida?" Ella contestó: "Pues, son burros y nos pertenecen. ¿No es maravilloso?" Contesté: "¿Por qué dos?" Ella dijo: "Bueno, se necesitan el uno al otro por compañía".

Y así comenzó. Primero los burros y la siguiente vez que regresé a casa, dije: "¿Qué son aquellas cosas?" Estos animales estaban haciendo unos ruidos muy amenazadores. Ella dijo: "Son gansos". Le pregunté por qué quería gansos, y ella dijo: "Son maravillosos perros guardianes".

La próxima vez vi una oveja y dije: "¿Para qué quieres una oveja?" "Oh, ellas mantienen corto el césped para que no tengas que cortarlo". Y ¡luego había un chivo! Dije: "¿Para qué quieres un chivo?" "Bueno, él mantiene podados los arbustos y zarzamoras para que no te preocupes de que vayan a crecer demasiado".

Y así sucedió con patos, gallinas y otros animales. La gente sabía que a Miranda le gustaban los animales. Así es que, la telefoneaban y se los regalaban. Un día recibí una visita de una señora que me dijo que me había oído hablar y que quería darme un regalo. El regalo salió caminando en cuatro patas, y así fue cómo obtuvimos nuestro perro. También tuvimos un caballo y, luego, una gata que llegó a nuestro establo y tuvo allí sus gatitos.

Eventualmente, la hermana de Miranda, Berta, vino con su esposo a vivir con nosotros. Les dimos una parcela de casi una hectárea (dos acres) y una pequeña casa rodante. De ahí

en adelante tuve lo doble de problemas porque ellos recogían de todo. Había un lote donde se tiraba chatarra cerca de nuestra casa, y Berta tenía unos binoculares para ver pasar los camiones. Si había algo bueno en un camión avisaba a Miranda, y las dos subían rápidamente al coche y seguían el camión.

Un día vi que un camión cargado de cajas venía por el camino de entrada. Se bajaron ellas del camión y también un caballero. Dijeron: “¡Mira lo que nos han dado gratis—todas estas cajas!” Este camión estaba repleto de cajas. Entonces ellas dijeron: “¡Adivina qué! ¡Están llenas de conejos, y son gratis!”

Mi esposa y mi cuñada eran muy conscientes de la ecología. El condado aplicaba herbicida a las zarzamoras para matarlas porque había en demasía. A Miranda y Berta les disgustaba porque se estaban usando herbicidas. Recuerdo a Berta llegando a la casa en su coche, el polvo volando por todos lados, y gritando: “Miranda, ¡vienen los fumigadores! ¡Vienen los fumigadores!” Las dos salieron corriendo de la casa, subieron al coche y se fueron al campo. Cuando llegaron los fumigadores, allí estaban ellas delante de las matas con sus manos extendidas para detenerlos. No podía más que pensar en el pasado cuando el famoso Paul Revere llegó a caballo, gritando: “¡Vienen los británicos! ¡Vienen los británicos!”

Llegó el día en que la pobre vieja Jenny, nuestra burra, estaba dando sus últimos tumbos. Había llegado el día del juicio para ella. Miranda no tenía corazón para mandarla a que le practicasen la eutanasia, así que tuvo una idea brillante. Sugirió que yo buscara una faja de empaque muy ancha, una polea y un aparejo para subir cosas. Metimos a Jenny en el establo, pusimos la faja alrededor de su abdomen y la levantamos sobre sus patas. Pusimos su comida debajo de su nariz, y ella comió noche y día. En las mañanas, estaría de rodillas casi, y era mi tarea levantarla sobre sus patas.

La vida era entretenida, pero todavía no sabíamos

muchas veces de dónde vendría el siguiente centavo. En verdad, vivíamos por fe. En 1970 nos habíamos mudado de Grants Pass a Siletz. Y en agosto de 1975 nos mudamos a Portland para estar más cerca del aeropuerto. Fue en aquel entonces que conocimos a una pareja muy agradable y que llegaron a ser amigos muy cercanos. Sus nombres eran Ron y Toni Sunseri. Tenían dos hijos—Chris y Nicki. Ron y Toni nos ofrecieron voluntariamente sus servicios.

Ron era un corredor de bienes raíces muy exitoso. Después dejó su carrera para hacerse predicador. Toni era secretaria ejecutiva altamente calificada. Su contribución al ministerio era de gran valor. Ron me acompañó a Brasil, y dos veces a Inglaterra.

En noviembre de 1977 nos mudamos a Joplin, Missouri, a instancias de un amigo muy querido, Knofel Staton. En aquel entonces, Knofel era un profesor en la universidad Ozark Bible College. Luego llegó a ser presidente de la universidad Pacific Christian College en California.

Yo había estado pensando en mudarme a Joplin por un buen tiempo porque la mayoría de mis compromisos para hablar venían del mediooeste. Esta mudanza resultó ser muy fructífera, y aumentaron nuestros compromisos. Se hizo muy activo el ministerio, y esto me puso en contacto con miles de personas a través de los compromisos y comparencias en radio y televisión.

Me uní a la Iglesia Cristiana College Heights en Joplin. Los ancianos de esta congregación amablemente ofrecieron supervisar mi ministerio. El siguiente capítulo relata algunas de las experiencias más memorables y significativas que he tenido en el servicio del Señor.